



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 186 – 8 de noviembre de 2016

En este número

1. «Nos vemos en La Moncloa», *Emilio Álvarez Frías*
2. Aniversario de Joan Perucho, *José M^a García de Tuñón Aza*
3. Sobrenadando en lo superficial, *Manuel Parra Celaya*
4. El sueño roto de la mujer de Sánchez: Begoña se equivocó con sus corazonadas, *Antonio Martín Beaumont*
5. Diez meses después, *Luis Ventoso*
6. Fascismo rojo, *Fernando José Vaquero Oroquieta*
7. La destrucción del Estado de derecho en España, *Pío Moa*
8. Destruidores legalmente constituidos, *Jesús Flores Thyges*

«Nos vemos en La Moncloa»

Emilio Álvarez Frías

El olfato nos anunciaba que algo había detrás de Pedro Sánchez, por más que desconocíamos si, como dice el refrán, era una gran mujer; lo que al parecer es evidente es que hay una ambiciosa mujer que le sigue o le marca los pasos. Begoña Gómez, además de ambiciosa, es imprudente allá donde las haya, pues ir por el mundo de los buitres lanzando proclamas de que se «veía en La Moncloa» y luego, cuando la danza de torpezas terminaba en el fracaso electoral, continuaba con que «el paseo a La Moncloa todavía no ha terminado», son signos de una descomunal falta de sensatez y una madurez no demasiado aventajada. Decía el cineasta francés Claude Chabrol, que «la tontería es infinitamente más fascinante que la inteligencia». Y que «La inteligencia tiene sus límites, la tontería no».

Esos comportamientos deben animar mucho a quienes tienen la misión y obligación de enderezar los desatinos cometidos por las personas cuando no han sabido contener sus ambiciones desmedidas y están inscritos en la cerrazón que les impulsa a tener comportamientos faltos de inteligencia, sin sentido de la proporción y con instintos descontrolados. Esa es la situación en que se encuentran los miembros de su partido socialista que han de tomar decisiones, partiendo de que han de dar por amortizado al pretendiente hasta hace poco, por más que tome el Peugeot y se lance por los caminos de España; quedando a la expectativa los que temen perder el asiento si no sale a flote el desmontado Sánchez. Puestas así las cosas, Doña Begoña y don Pedro Sánchez tendrán que enfocar sus actividades por otras vías, salvo que se conformen con seguir como militante de base, eso que gusta decir a los socialistas en general.

Por lo tanto, el PSOE ha de sentarse a reflexionar con calma a la vista de los datos del CIS, nada



halagüeños; sin prisas, pues han de descubrir qué partido es el que conviene a los tiempos que corren, huyendo de las continuas invitaciones, o dardos, lanzados por Podemos, que no se sabe claramente cuál es su posición (pues están dispuestos a tomar cualquiera que les sitúe en lo más alto), qué es lo que son (pues el profesor mitinero es retorcido donde los haya, manipulador de profesión, y también él convencido de que sus designios están muy en lo alto). Y como un cocodrilo, el señor Iglesias está al acecho para zamparse al partido que, dentro de la «izquierda», ha dejado de lado el marxismo.

Nosotros, aunque cada quien haya votado al que le pareció mejor en su momento, no seguimos a nadie con los ojos tapados. De momento, todos nos han desilusionado. No poco, más bien mucho. Y esperamos mejores tiempos donde las formas se enderecen. Haremos lo que podamos, como siempre, pero no nos dejaremos convencer por las teorías que nazcan en casa o vengan de fuera y que vayan contra natura, contra la verdad, contra las leyes de Dios.



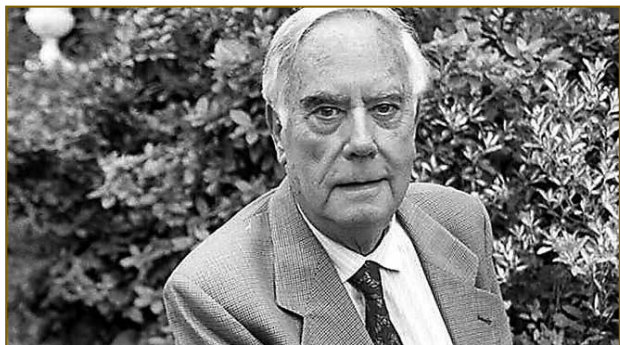
Y para invitar a nuestros amigos a tomar agua clara, pura y sin cal, hoy hemos tomado un botijo de autor desconocido, que tenemos en nuestra colección como ejemplo de lo que se sale de lo bello para entrar en lo grotesco, cosa que en la modernidad se confunde absolutamente en casi todos los aspectos de la vida. Desconocemos el autor de esta obra artesana, pero tampoco estamos interesados saber su nombre. Y aunque el agua de este botijo es apetecible, después de hoy volverá a lo

más hondo del armario, como sucede con los políticos que no saben serlo, que no tienen madera adecuada para ejercer una misión pública donde lo primero que debe figurar en las normas de conducta son el servicio desinteresado a los demás, la honradez y la modestia.

Aniversario de Joan Perucho

José M^a García de Tuñón Aza

Hace muy pocos días se ha cumplido el aniversario de la muerte de un poeta y escritor, fallecido en Barcelona el día 28 de octubre de 2004. Su nombre: Joan Perucho. De él recordaba estos días, un reportaje que sobre su vida literaria le había dedicado hace tiempo una revista. En ella manifestaba que le gustaría morir leyendo la



Oración por los caídos del falangista Rafael Sánchez Mazas: «Me gustaría morir así, como estoy ahora. Sentado en este sillón, acariciado a mi gata y leyendo la página enmarcada de *La Vanguardia* con la *Oración por los caídos* de Sánchez Mazas. ¿Qué gran escritor!». Son sus palabras. Palabras que daban a entender en aquel tiempo que ya sospechaba que le quedaban pocos días de vida porque a continuación, decía: «Ya no

puedo leer los libros, sólo tocarlos, olerlos, oír el ruido que hacen sus páginas al pasarlas».

Había nacido en Barcelona y estaba considerado como uno de los maestros de la literatura catalana del pasado siglo. Era licenciado en Derecho sacando después las oposiciones a juez, actividad que no tardaría en dejar para introducirse única y exclusivamente en el mundo de la literatura que ya había comenzado en su juventud. Se

consideraba español «porque soy catalán», solía decir con mucha frecuencia. Algo que ahora no entienden muy bien los independentistas, los separatistas, porque su forma de entender la catalanidad es muy distinta, lo que hizo que la oficialidad cultural de aquella región española tratara mal al poeta; pero a él le daba lo mismo porque su felicidad no estaba en la Tierra.

Perucho nunca pudo soportar la mediocridad del mundo que le rodeaba, la ausencia de los valores poéticos porque se sentía poeta por encima de todo, y después todo lo demás, igual que Unamuno. Para él la poesía era verdaderamente «una aventura hacia lo absoluto... todo es muy misterioso, sin misterio no hay literatura». Palabras muy parecidas a las que un día escribió García Lorca, el poeta del llanto y la sangre: «...todas las cosas tienen su misterio y la poesía es el misterio que tiene todas las cosas». El poeta catalán fue muy amigo del poeta gallego Álvaro Cunqueiro y hasta hay quien dice que su obra ha sido relacionada con la del autor de *Herba aquí ouacolá*. Cunqueiro fue uno de los poetas de Falange que dedicó aquel soneto a José Antonio Primo de Rivera, que comenzaba: «*Si por murallas, pasión nunca sabida, / voces proclaman tu carne como escena, / ¿qué boca sin sed, de tierra llena, / responde a nuestro amor y enorme vida?...*».

A la muerte de Perucho, la Escolanía de Montserrat y con letra del máximo poeta del renacimiento literario catalán, Jacinto Vedaguer, cantó la *Moreneta en sou, moreneta i rosa...* durante la celebración del funeral que despedía al poeta y que él mismo había dispuesto para sus exequias. Pero antes se había despedido de sus lectores en un artículo publicado en *La Vanguardia* y unos días antes de que se le hiciera entrega del Premio Nacional de las Letras.



Todo pasa en el tiempo –decía– y mi vida pasa también. En ello oía los pájaros cantar sobre su cabeza y las alondras volar alrededor de él. Estaba cansado y enfermo y, por tanto, le era imposible continuar con sus tareas; o sea, seguir con sus colaboraciones. Recordaba los versos dictados por su querido amigo Sebastián Sánchez Juan: *No em doneu amor que no sacia; doneume joia per morir*. La estrofa de este verso le ideó este poema:

*En torn de Déu
com en torre vetusta
he donat voltes.
Veig la mevaç
alluyar-se de mi
i encara que sigui
la darreraq vegada
el cor em batega alegre,
sense tristesa*

Perucho, poeta, hombre polifacético, que ahora volvemos a recordar, falleció rodeado de los tesoros de su amplia biblioteca. Lo que muy probablemente nunca sabremos es si se cumplió su última voluntad: morir leyendo la *Oración por los caídos*, de Rafael Sánchez Mazas.

Sobrenadando en lo superficial

Manuel Parra Celaya

Halloween ha venido para quedarse, y créanme que lo siento. Del mismo modo que se han quedado y no ostentan trazas de desaparecer los *kebabs*, las pizzerías a domicilio, las Grandes Superficies, los móviles *inteligentes*, las carreras urbanas multitudinarias y la tele-basura, salvando las distintas entre los elementos de esta retahíla.

Lo que empezó siendo una moda foránea –y, como tal moda, efímera– se ha transformado en una tendencia imparable, ante la cual resultan inútiles los esfuerzos bienintencionados, como la propuesta de vestir a los niños de santitos en miniatura el día 1, con el fin de evitar que se disfracen de vampiros, esqueletos o zombis de película americana por la noche; todo lo más, y perdonen, el supuesto remedio puede derivar en cursilería, que poco podrá hacer frente al impacto de los medios de difusión, la propaganda comercial o la tontería de papás y mamás. Estas son las consecuencias de la mundialización de la cultura, fenómeno también imparable por mucho que nos pese.

Será así en todas las ocasiones en que los limitemos a *ir a la contra*, en bracear desesperadamente en la superficie y no seamos capaces de bucear en las profundidades, en que nos empeñemos en combatir los síntomas y no vayamos, con decisión, a tratar el origen de las enfermedades. Porque a esto nos ha acostumbrado la ideología predominante del *Pensamiento Único*, tan evidente en sus manifestaciones políticas, educativas y sociales.

Los recursos que nos han utilizado han sido especialmente la sustitución de la coacción por la autocomplacencia (en esto se diferencia el actual *totalitarismo* de sus precedentes históricos), la reiteración del *mensaje* hasta que cale desde todos los poderosos altavoces mediáticos, la anulación de la capacidad de reflexión crítica y, por supuesto, el vacío de valores, empezando por los religiosos, que eran, son y serán los que sustentan todo el andamiaje.

Sobre un campo reducido a erial es muy sencillo verter cualquier tipo de semilla: en unos casos, los frutos serán simples mamarrachadas, elevadas a la condición de exigencia de modernidad; en otros, las raíces serán más hondas y peligrosas y afectarán gravemente a los resortes esenciales de la persona y de la sociedad. Unos y otros pasarán desapercibidos en cuanto a su aspecto nocivo y se instalarán entre nosotros con visos de inocencia y naturalidad.

Es importante volver a acudir a lo importante, porque todo cambio social depende de esta actitud de profundización; por ello, hay que incidir en los ámbitos del pensamiento y del lenguaje, ya que –al contrario de lo que comúnmente se cree– éste origina aquél, y



no a la inversa. La precisión del concepto depende del término, la idea de la expresión, y así lo han entendido sabiamente los *ingenieros sociales* que han conseguido que modifiquemos de forma inconsciente nuestra manera de llamar a las cosas y, desde esta, a lo que representan; en términos marxistas, se ha atacado, no una *estructura*, aceptada e inamovible al parecer, sino una *superestructura* de la que depende aquella y, lo que es más grave, toda una cultura. Es mentira que *hablando se entiende la genta*, porque, sin darnos cuenta, el cambio de significantes era una maniobra para la transformación de significados.

En el caso que nos ocupa, lo importante no es que los niños se disfrazen de personajes



de película *gore*, sino que, en el común de la sociedad europea, se ha puesto el acento en la muerte como objetivo, algo definitivo; hay que tomársela a chanza porque no hay más remedio y así no asusta. Y se ha obviado educar en la vida, sobre todo en la Vida (con mayúscula), que es la que nos espera una vez cruzado el umbral tenebroso del que ahora nos reímos. La muerte, tomada, por una parte, como motivo de diversión y, por otra, ocultada pudorosa e hipócritamente a los niños, ciega la evidencia de un Más Allá

eterno y la convierte en un estúpido final de la cerrera vital. Más o menos del mismo modo como se frivoliza el concepto de amor, impulso de la conducta y vida, y se convierte en un juego intrascendente, sin más alcances que el triunfo de la instintividad, el placer de lo inmediato, la entrega a lo espontáneo y, como mucho, a la fugacidad de un sentimiento.

Vayamos, pues, a lo importante, a lo trascendente. No nos limitemos a sobrenadar las superficies; volquemos, en catequética de ideas y palabras, los esfuerzos en el trasfondo de las cosas y lancemos un aldabonazo a las conciencias con un *truco o trato* que nos hable de eternidades.

El sueño roto de la mujer de Sánchez: Begoña se equivocó con su corazonada

Antonio Martín Beaumont

(esDiario)

No le ha salido mal del todo el golpe de efecto a Pedro Sánchez. Durante una semana ha tenido al PSOE pendiente de sus pasos: desconcertados unos, expectantes otros... en verdad se ha erigido en centro de toda suerte de especulaciones. Sin embargo, ha pasado un mes desde su abrupta salida de la calle Ferraz, un puñado de días desde la renuncia al acta de diputado, y la gestora, Susana Díaz y el grueso del Grupo Socialista (más allá de la apertura de expediente a los 15 diputados díscolos) siguen en su sitio.

Sánchez, en cambio, pese a lo que unos pretenden, aparece totalmente desubicado. Irreconocible incluso para algunos de sus más próximos, quienes, tirando del afecto que profesan a quien fuera su jefe, buscan a duras penas justificar las salidas de pata de banco con las que despachó la entrevista concedida a Jordi Évole en *Salvados*.

Sus ásperas arremetidas contra todo lo que se mueve terminarán –qué duda cabe– por perderse en las urgencias de un partido que se juega el ser o no ser. La más importante, recomponer el desgarrón interno. Asimismo, pasar página de la Operación Triunfo que arrancó en julio de 2014 (son palabras del aragonés Javier Lambán), tomarse en serio España y las propias siglas y decidir qué papel se juega en la oposición.

Pedro Sánchez aún aspira a jugar la baza entre los militantes socialistas de haberse enfrentado a la «vergonzosa complicidad» de los barones con Rajoy, pero lleva camino de perderla ruidosamente si sigue montado en su Peugeot por el camino tortuoso que ha demostrado sólo servir para desunir el PSOE. No va a tenerla, desde luego, con cantos a la colaboración con el populismo de Podemos. Se ha quedado aún más solo al



presentarse como un líder a la izquierda de la izquierda que aboga, incluso, por reformatar la Constitución para convertir España en una nación de naciones.

La posibilidad de que los socialistas se encamen con los de la formación morada ha levantado de la silla a su fiel diputado Rafael Simancas, e incluso a su muy leal Margarita Robles, que ahora mismo por su indisciplina está en un tris de perder la Presidencia de la Comisión de Justicia del Congreso. También, por romper la disciplina de voto, Ferraz desea apartar de la dirección del

grupo parlamentario a la diputada catalana Meritxell Batet y a la balear Sofía Hernanz.

La frase que repetía Begoña

Fueron la aritmética parlamentaria y su equivocada política las que sacaron de todas las quinielas a Pedro Sánchez, aunque ni él ni su mujer, Begoña Gómez, quisieron entenderlo. Nunca entendieron la importancia en democracia de aceptar las derrotas. «Nos vemos en La Moncloa» era la frase más repetida por su esposa. Pero se equivocó con su corazonada.

Incluso después de zambullirse en el segundo fracaso electoral del 26-J, Begoña todavía pronosticaba el estreno de la agenda internacional de su marido como presidente del Gobierno con un viaje oficial a Estados Unidos. De hecho, a ojos de muchos socialistas aparecía como una obsesión suya entrar del brazo de Sánchez en la Casa Blanca y saludar a Barack y Michelle Obama antes de su despedida como presidente y primera dama. En la historia del PSOE nadie recuerda tanta presencia y protagonismo dentro y fuera de Ferraz de la esposa de un secretario general. «La caída de Pedro ha roto todos sus esquemas», subrayan fuentes socialistas.

Ahora mismo, a Sánchez sólo le queda seguir tirando del ovillo con la petición de que Javier Fernández convoque de inmediato unas primarias para elegir al nuevo secretario general del PSOE. No parece que vaya a tener suerte, si hacemos caso a la gestora, pues ésta asegura que «ni se le pasa por la cabeza» convocar con premura la cita congresual, a sabiendas de que el paso del tiempo juega en contra de quien fuera su líder y a la vez sirve de ungüento para restañar las profundas heridas abiertas en el PSOE. «El descosido interno no da para ponerse estupendos en nombre de la democracia interna, sino para ser drásticos y eficaces en el golpe de timón», me señala un ilustre diputado cercano a Fernández.

Luis Ventoso

(ABC)

En los bares y el tertulianismo se repite, y con razón, que los diez meses sin Gobierno han sido un disparate. Pero este enorme fracaso colectivo ha servido para dejar algunas cosas claras:

- La vanidosa nueva política era peor que la vieja. Muchachos amateurs, forjados por la televisión, de opiniones veletas y muy pagados de sí mismos, han cumplido lo que prometían. En efecto, han traído algo nuevo: paralizar durante un año un país puntero del primer mundo.
- Podemos y asociados han enseñado su credo: el totalitarismo. Solo son admisibles sus ideas. Las contrarias deben ser refutadas en la calle, coaccionando la libertad de pensamiento ajena. Increíble que hayamos descendido a tal abyección. Con su negativa a respetar el triunfo del más votado, que explicitarán cercando la sede de la soberanía nacional el día de la investidura, confirman que están contra la democracia. Algo gravísimo, que no se veía en la izquierda parlamentaria desde los días de la República.
- Rivera ha perdido su aura. Lo de apoyar primero a Sánchez y después a Rajoy ha medido la hondura de su propuesta. Las elecciones gallegas y vascas probaron también que el suyo es el partido del Puente Aéreo, solo instalado en el eje Madrid-Barcelona y en la tele.
- Sánchez, aunque gastaba porte de galán y era experto en baloncesto, cualidades básicas para un gobernante, resultó un desastre. Ególatra de bajo vuelo intelectual, hundió al PSOE en las urnas y hasta dejó impronta de persona complicada. El problema del PSOE es que todo este tormento ha levantado también dudas sobre las capacidades de la señora Díaz como solución. Hace falta mucho pulso para centrar ese barco a la deriva.
- El PSC es un partido nacionalista más. Una de las causas de la gangrena del PSOE. Increíble que no rompan y salgan con su marca en Cataluña.
- Hemos inventado el Cotilla Regio. El primero fue Revilla, piando cada coma de sus audiencias con el Rey. Pero ahora ya es moda. Hará bien el excelente Felipe VI en guardarse y ser parco. Anteayer, uno de los comentaristas salió pretendiendo que el Monarca aboga por reformar la Constitución, una opinión política, que habría sido insólita en quien debe ser neutral y además es garante de nuestra Carta Magna.
- El síndrome de Raúl: juega feo, dicen que no hace nada, pero al final marca, aunque sea con la chepa. Dar por incinerado al viejo Mariano es un clásico en un país donde según el CIS el político más valorado es ¡Alberto Garzón!, un comunista que quiere liquidar la democracia. Frente a la corrupción del PP, Rajoy ha sido más lento que un interrogatorio de Colombo. También carece de impulso reformista y capacidad de ilusionar al país. Pero la supuesta medianía ha jubilado a Rubalcaba, Sánchez, Mas y



Rosa Díez; ha aplacado alguna ambición sinuosa cercana a su propio despacho, y ve a Podemos a la baja y peleado y a Rivera en pleno baño de humildad. El patriotismo elemental, el sentido común y no hacer grandes tonterías son cualidades notables en la España de hoy.

Fascismo rojo

Fernando José Vaquero Oroquieta

El veterano dirigente socialista vasco Ramón Jáuregui calificó de «fascismo rojo» el boicot perpetrado por ciertos colectivos liderados por la Federación Estudiantil Libertaria (FEL), el pasado 19 de octubre, contra la presencia del ex-presidente Felipe González en la Universidad Autónoma de Madrid. Una acción en la que se quiso ver –con casi absoluta unanimidad– la sombra de Podemos. Nadie –ya fuere político o comentarista– cuestionó el contundente juicio de Jáuregui. Así, pues, todos de acuerdo: cualquier expresión de violencia política, proceda de donde proceda, es siempre fascismo. Y en ocasiones muy especiales, y muy raras, «fascismo rojo». Otro dogma de la vulgata progre.

Lo cierto es que Jáuregui no se mostró, en esta ocasión, especialmente original. De hecho, tal descalificativo viene siendo enunciado por otros autores desde hace años; en el caso del historiador y ensayista Antonio Elorza, al menos desde 2008. Tampoco entonces semejante concepto pudo calificarse de riguroso, no en vano en el mismo se englobaban expresiones de génesis y desarrollo tan diversos como las represalias de los «camisas negras» italianos en los años 20 del siglo pasado, el terrorismo de ETA, los boicots sufridos por la Rosa Díez de UPyD en la universidad por entonces... y los camiones-bomba de Hezbolá. Un formidable, pero no menos indigesto, totum revolutum.

Pero, realmente, esas explosiones de violencia política alentadas por organizaciones del entorno más o menos próximo a Podemos, y en todo caso insertos en la extrema izquierda marxista-leninista o anarquista, ¿pueden ser calificadas, con rigor, como «fascismo rojo»?



De entrada, afirmaremos que tal constructo, tal y como es empleado en esta ocasión, es rotundamente inexacto y falso; tratándose más de un ardid propagandístico que de una herramienta científica clarificadora. De hecho, el simple hecho de denominar cualquier cosa que moleste –al interlocutor que sea– como «fascista», imposibilita cualquier análisis

sereno y objetivo, pues lleva implícita una condena moral inapelable y la correspondiente excomunión. No digamos si le añadimos algún que otro adjetivo: rojo, reaccionario...

Recordemos que, en su día, del líder de Podemos Íñigo Errejón se publicó –y no siendo ya un jovencito– acerca de su gran interés por figuras tan heterodoxas –sobre todo para un marxista– como las del fundador del Partido Nacional Bolchevique ruso, Eduard Limónov (especialmente de su biografía a cargo de Emmanuel Carrère), o el politólogo Carl Schmitt. Errejón, acaso, ¿un «fascista rojo» emboscado en Podemos? Pues va a ser que no. Pero tampoco se trata de un caso tan excepcional de vergonzantes «pecadillos de juventud». ¿No recuerdan que Jorge Verstrynge, por poner otro ejemplo, inició su sorprendente carrera militante en filas neonazis? En fin: todo el mundo tiene un pasado, que se dice ahora.

Pero, volviendo a la cuestión inicial, ¿por qué se reitera ese comportamiento tan poco ajustado al rigor científico? ¿Qué funesta –y efectiva– costumbre la de calificar como fascista cualquier actitud diferente o discordante por parte de la clerecía progre!

Estamos acostumbrados a que el concepto de «fascismo» se emplee como un arma arrojadiza; una descalificación moral tan inhabilitante como excluyente. Y pocos insultos tan graves o malintencionados. Se puede ser, casi, cualquier cosa en la vida, pero como sea enarbolada la mínima sospecha de alguna aproximación al fascismo –real o ficticia, estética o sentimental, pasada o presente–, el interlocutor en cuestión está perdido, y sufrirá la cascada de efectos derivada de la reductio ad Hitlerum que analizara Leo Stauss.

Traeremos a colación, por unos momentos, los orígenes de este antifascismo tan reiterada e indiscriminadamente esgrimido; y, por todo ello, antes que nada, eficaz táctica propagandística al servicio de la Internacional Comunista. Así, todo enemigo –supuesto o real– de la «marcha ascendente de la Historia liderada por la clase obrera y su partido de vanguardia» sería fascista. Por acción y omisión. Y todo enemigo indirecto del comunismo, también. Y los colonialistas e imperialistas... Y, posteriormente, cualquier opositor al feminismo supremacista. Y del ecologismo holístico. Y del radical-progresismo «políticamente correcto»; tal y como es entendido por los teóricos post-marxistas hoy. ¿Y respecto a la democracia liberal? Pues depende. Inicialmente, para los marxistas –socialistas y comunistas– de las primeras décadas del siglo xx, la democracia liberal no dejaba de ser un estadio previo del fascismo que había que derribar por igual. Imperativos de política exterior arrastraron a un cambio genial de orientación y de alianzas al genocida Stalin: las democracias liberales serían sus aliadas ocasionales frente al fascismo... si bien, cuando tuvo oportunidad para ello, segó implacablemente toda manifestación de democracia «burguesa» –por ser esencialmente «fascista» conforme su criterio– en Europa Oriental. ¿Recuerdan las tan celebradas, como tristes, y ya olvidadas, democracias populares?



Entonces, ¿por qué Jáuregui calificó tales actitudes violentas de la extrema izquierda como fascismo rojo? ¿Pueden conciliarse ambos extremos? ¿No es una pretensión absurda análoga a la de la «cuadratura del círculo»? ¿acaso la genial síntesis que supera dialécticamente tesis y antítesis? ¿No es, en suma, una contradictio in terminis? Pues, afirmémoslo claramente: o es fascismo, o es rojo.



Ciertamente existieron algunas figuras muy radicalizadas en el fascismo italiano que les acarreo ser calificados como fascistas rojos; un modo de marcar diferencias con el fascismo ortodoxo a partir de su extrema sensibilidad social, por no decir directamente socialista. Fue el caso del ex-comunista Nicola Bombacci y tantos otros que participaron en la agónica y mítica experiencia de la República Social Italiana a partir del Manifiesto de Verona.

En el nacional-socialismo alemán, en su día, no pocos de sus militantes procedían del comunismo pro-soviético, al que retornarían años después. Incluso algunas otras genuinas figuras trataron de imprimirle una línea «izquierdista», caso de los denominados straseristas (seguidores de Otto Strasser). También en Alemania, otros personajes, caso de Ernst Niekisch, elaboraron una «vía alemana al socialismo» en un intento de fusión de bolchevismo y prusianismo.

Mucho más recientemente, se formularían algunas nebulosas doctrinas en la Rusia post-soviética, como la del nacional-bolchevismo, que pretendían fusionar características esenciales de ambos sistemas en una extraña mixtura revolucionaria y estética. Fue el caso de Alexander

Dugin, en lo que se refiere a la elaboración doctrinal –ahora autor de una rompedora «Cuarta Teoría Política»– y del empresario Limónov, quien encarnó su pulsión activista.

En cualquier caso, todas esas exóticas elaboraciones fueron excepcionalmente minoritarias – casi meras anécdotas–, en absoluto operativas; siendo enterradas por la Historia con la derrota militar de los fascismos. Y cualquier rememoración de las mismas sería puro anacronismo.

Pero, volviendo al tema que nos ocupa, nada de todo ello –nada de «fascismo rojo» al estilo Bombacci, Strasser o Limónov– encontramos en la anarquista FEL o en otros grupos «antifascistas» amigos de la violencia; como tampoco en Podemos. De hecho, si algo puede decirse de la formación radical de Pablo Iglesias y los suyos, es que su liderazgo nuclear es



marxista-leninista; también el de Íñigo Errejón. Con matices, eso sí, según de quien se trate. Y de la FEL, el grupito de la discordia, anarquistas a la vieja usanza: incendiarios y sin complejos.

En Podemos encontramos a unos cientos de militante inequívocamente trotskistas, caso de Íñigo Urban, Teresa Rodríguez y demás «Anticapitalistas». Otros son más «bolivarianos» (una expresión más del llamado «socialismo del siglo XXI»), caso de Juan Carlos Monedero. Y algunos permanecen en la ensoñación bolchevique del octubre rojo, caso del propio Pablo Iglesias.

En todos ellos, según el momento, se expresan ciertos tics populistas; de ahí esas referencias a la necesidad de incorporar temáticas transversales, apelar al precariado, etc., que alimentan sus pugnas internas por el liderazgo y sus movimientos tácticos. Pero, en definitiva, su corpus nuclear es por completo marxista-leninista. De fascismo, pues, nada de nada.

Pero, claro, para Jáuregui y tantos otros, es más fácil servirse de los insultos habituales; aunque en puridad de conceptos no sean del todo rigurosos. Si hubieran calificado el boicot sufrido por González de «bolchevique», se habrían situado irremediabilmente en el campo de la reacción... «fascista». Así de implacables son las reglas del juego establecidas por el discurso dominante, que es de naturaleza radical-progresista. Unas reglas admitidas o soportadas por la inmensa mayoría de actores –políticos, culturales y mediáticos– en juego. También por parte de los antaño liberal-conservadores.

Pero, en el caso de Jáuregui, concurre otro factor que distorsiona aún más el debate; de cualquier debate. Pablo Iglesias y los suyos no dejan de ser algunos de «sus chicos»; de los chicos de Jáuregui, González, Cebrián y todos los demás santones de la impoluta iglesia progre, se entiende. Algo más radicales, más extremistas, menos instalados en la política real. Pero se nutren de sus mismas factorías intelectuales: comparten una cosmovisión análoga; incluso vienen de sus mismas filas, o de las situadas un poquito más a la izquierda. Son, entonces, de la misma pasta; algo más impacientes o radicales. Incluso algo desviados. Pero, en definitiva, son de los «suyos»; por lo menos hasta que tengan la capacidad de eliminarlos en la carrera por la conquista del poder real. Ya se sabe, de los bolcheviques no cabe piedad alguna, ni siquiera para sus antiguos mentores o aliados.

Concluiremos reiterando que el comportamiento de Jáuregui será acorde al discurso dominante; pero enturbia el juicio político. Ni aclara lo que sucede, ni diagnostica correctamente el problema. Un fruto de la demagogia y la falta de honestidad política, intelectual y moral características de las exitosas imposturas radical-progresistas.

Que quede claro: la FEL, los «antifascistas» violentos y todos quienes les apoyan, de fascistas nada. De bolcheviques o anarquistas, según los casos, todo.

La destrucción del Estado de derecho en España

Pío Moa

(Gaceta.es)

El estado de derecho es aquel en que la ley afecta a todos, incluyendo a los gobernantes, cuyas atribuciones deben sujetarse a reglas establecidas. Normalmente las normas y leyes particulares se articulan en torno a una Constitución votada por mayoría. Realmente ningún estado es plenamente de derecho, por cuanto en la práctica política surgen situaciones a las cuales es difícil aplicar las leyes preexistentes, lo que deja un margen de discrecionalidad; y por otra parte el poder puede realizar, y de hecho es frecuente que realice, acciones o promulgue leyes en conflicto con los principios jurídicos básicos. Además una Constitución puede ser discutida y discutible aunque la haya votado una fuerte mayoría, máxime cuando fue elaborada de forma tan peculiar como la española. Siguiendo con ello, la Constitución española fue votada por una mayoría algo exigua para la trascendencia del documento, que por lo demás muy pocos ciudadanos habían leído o comprendido en sus implicaciones. El caso de la fallida Constitución europea, aceptada en España y rechazada fuera, resultó en verdad descarado. Pero no vamos a entrar ahora en los muchos problemas en torno a estos asuntos. Daremos por adecuada, sin más, la definición habitual.



En España, el Estado de derecho salido de la transición sufrió desde muy pronto, al tomar el gobierno iniciativas que probablemente corresponderían más bien a un referéndum, como la entrada en la OTAN aplicada directamente por el gobierno de Calvo Sotelo. Y embates tan fuertes como la expropiación de Rumasa. Pero me referiré en particular a la política seguida con lo que puede definirse adecuadamente como un grupo de asesinos profesionales por la

espalda con pretensiones políticas, es decir, la ETA. Desde muy pronto en la transición se impuso la política, totalmente incompatible con el estado de derecho, de que había que aceptar las pretensiones de los asesinos dándoles una «salida política», lo que equivalía a legitimar el asesinato como una forma de hacer política. Que casi casi nadie haya reparado en el tremendo desmán o lo haya denunciado, dice mucho de la calidad democrática de nuestros políticos y periodistas. El único que aplicó, aun con fallos, una política adecuada, legal aun con fallos, tratando a los delincuentes como tales, fue Aznar, que consiguió llevar a la ETA «al borde del precipicio».

En esa situación crítica, el gobierno de Zapatero acudió al rescate del grupo asesino, premiando literalmente su historial de crímenes con relegalización, dinero público, proyección internacional y convirtiéndolo en una potencia política en Vascongadas y Navarra. Esto ha sido un ataque directo y brutal al estado de derecho, a la más elemental norma jurídica y a la estabilidad e integridad de España. Conviene recordar que ETA y PSOE comparten un 80% de ideología. La democracia permite una alternancia en el poder y el cambio de políticas que se revelan nefastas, pero el posterior gobierno de Rajoy ha proseguido la línea ilegal, antidemocrática y antiespañola de Zapatero. A partir

de ahí, aunque casi nadie quiera darse cuenta de ello, el estado de derecho se ha convertido en una farsa que está pudriendo la vida política. No voy a extenderme sobre el sistemático incumplimiento de la Constitución en Cataluña y Vascongadas y sobre todo por el gobierno nacional, que al no hacer cumplir la ley tampoco la cumple.

Pondré otro caso en cierto modo más grave. Otra de las hazañas de Zapatero fue la ley de memoria histórica. Esta ley, a pesar de sus enredos retóricos, trata de deslegitimar radicalmente al franquismo, imponiendo una visión de la historia y definiendo como «víctimas» a las personas ejecutadas o perjudicadas por aquel régimen. Ahora bien, en un estado de derecho es completamente inadmisibile que se imponga desde el poder una versión particular de la historia, algo propio más bien de tiranías como la cubana o la de Corea del Norte. Y una vez más vemos cómo la masa de los políticos y partidos han aceptado una fechoría de tal calibre que, nuevamente, vuelve precaria la estabilidad del país. Está bien claro que la cultura democrática de nuestros partidos es inexistente, son incapaces de percibir los límites a su actuación, un problema más de corrupción y mucho más grave que la económica. En la guerra civil y los problemas de la democracia he abordado este hecho, la ausencia de un pensamiento democrático en España, tanto en la derecha como en la izquierda. El problema se agrava porque la ley declara «víctimas» a los miles de asesinos, torturadores y chekistas ajusticiados en la posguerra, e implícitamente declara tales a los etarras a partir de 1968, que supuestamente luchaban «por la libertad». Es indudable que los autores de la ley se identificaban con tales «víctimas», a las que exaltan como tales al nivel de las inocentes que, dadas las circunstancias, también tuvo que haber. Es decir, ellos mismos se declaran cómplices de tales «víctimas».



El alcance de la ley de memoria histórica va más allá: al deslegitimar al franquismo deslegitima implícitamente la transición, la democracia salida de ella y la monarquía, puesto que las tres proceden directa y esencialmente de aquel régimen. Esto coloca al régimen actual en una posición jurídicamente incierta, que están aprovechando movimientos radicales diversos para socavarlo. También aquí volvemos a comprobar la ausencia de un pensamiento y principios democráticos y de respeto al estado de derecho entre nuestros políticos y partidos.

Un aspecto de esta situación de podredumbre progresiva lo tenemos ahora con una «moda» que parte de Barcelona: el negocio de los «okupas» que se meten en una casa ajena y exigen a los dueños una especie de «indemnización» o chantaje para irse de ella. Como, según una ley absurda, el propietario tendría que perder un año en reclamaciones judiciales para recuperar lo que es suyo, muchos ceden al chantaje: es la ausencia de un estado de derecho en la que un poder autodeslegitimado provoca la indefensión de los ciudadanos. En tales circunstancias, algunos de estos han decidido tomarse la justicia por su mano: han contratado a tipos forzudos para desalojar por la fuerza o la intimidación a los okupas.

Desde luego, es plenamente legítimo que los ciudadanos se tomen la justicia por su mano si los gobernantes no cumplen la exigencia más elemental de protegerlos frente a los delincuentes (algo así pasa con las víctimas de la ETA, desasistidas por los gobiernos): no son los ciudadanos, sino unos gobernantes que de hecho se convierten en cómplices de los delincuentes, los culpables de tales situaciones.

Ahora bien, la dinámica es muy peligrosa: así empezó la mafia siciliana. Ante los continuos robos, los cultivadores de agrios pagaron grupos de protección, que salvaron sus cosechas. Sin embargo esos grupos evolucionaron ampliando su «protección» a todo tipo de negocios y convirtiéndose en unos delincuentes más. En todos estos casos, lo que ha fallado es el estado de derecho, que no solo debe respetar las leyes sino hacerlas cumplir, un deber al que faltan cada vez más sistemáticamente los partidos y gobiernos. De manera inadvertida, como si no pasara nada, España va encaminándose a una situación sin ley efectiva. Como casi nadie quiere darse por enterado, al menos el historiador que conoce precedentes como la II república, debe exponer los hechos, y que cada cual asuma su responsabilidad.



Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

Destroctores legalmente constituidos

Jesús Flores Thies

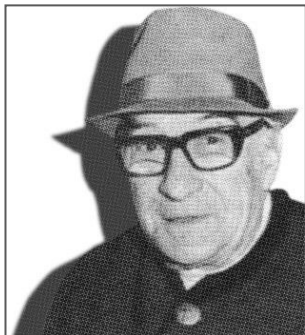
Coronel de Artillería retirado

El enfrentamiento conocido hoy de forma casi obligatoria como guerra civil o incivil, dejando a un lado la realidad de una guerra de Liberación, auténtica Cruzada, enfrentó a dos conceptos de España. El bando nacional se distinguió por su ideología y por su capacidad de construcción y de reconstrucción; el bando (banda de bandidos) de los rojos según se autotitulaban (hoy falsamente «republicanos»), por todo lo contrario, ya que carecía del concepto de España, porque lo suyo era convertir a este territorio europeo en un fleco del sistema soviético, además de su capacidad para el crimen, el saqueo y por destruir.

Sus descendientes políticos y mediáticos han superado esa capacidad destructora, aunque con mayor vileza, ya que no se trata ahora de una lucha a muerte, a tiro limpio, si no a un plan implacable de destrucción, sin que enfrente tengan hoy a nadie que se lo impida, porque hasta la «Derechona» mediática y política ve con ojos generosos sus actos destructivos como algo natural, dada la existencia de esa ley de la Memoria Histórica, creada por un retrasado mental en el papel de Presidente de un presunto gobierno.

Si quisiéramos hacer una lista de destrucciones se nos acabaría el tiempo que Dios nos concede de vida, así que vamos a mostrar sólo una de las facetas de esta gentuza, capitaneadas por dos alcaldesas (Madrid y Barcelona), que al igual que el caballo de Atila, no dejan crecer la hierba.

Nos imaginamos que Atila tendría, además de ese caballo, algunas yeguas, así que corregiremos la frase por aquello de la igualdad de género, y diremos que con «este par de yeguas no se deja crecer la hierba». Pero ¡ojo! empleamos el término «yeguas» como eufemismo, y el que quiera saber qué es eso, que ojee la Gramática Española, que no le vendrá mal.



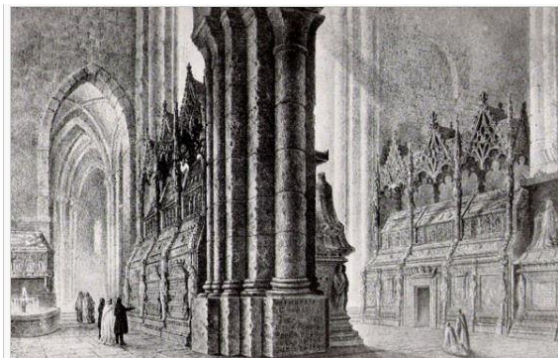
Vamos a centrarnos en el odio hacia algunos escultores catalanes, por parte de los catalanistas, nacionalistas y separatistas, muy propio de esta tropa de indeseables, y hemos elegido, entre muchos, a sólo seis. Empezaremos, por aquello de ser la última noticia, con Josep Viladomat, autor de la estatua ecuestre del Generalísimo Franco que estuvo en el patio de Armas del Castillo de Montjuich en Barcelona, después fue quitada, y por decisión

personal del Coronel Director, el Coronel Montesino Espartero, expuesta en una sala del museo. Finalmente fue almacenada a raíz de la inicua entrega de Castillo y Museo (éste para su dispersión) a los enemigos viscerales de España y del Ejército. Estatua que, ya decapitada por orden superior municipal o taifa, es llevada al Mercado del Borne a una payasada organizada por la impresentable Colau. Los ilotas de la «yegua» catalana de Atila (eufemismo...) colocaron sobre el caballo a una muñeca hinchable, la mancharon con pintura, la derribaron, arrastraron..., sin que nadie de la política y de la prensa de la llamada Derecha criticara esta vileza. Dios quiso que este escultor no sufriera la humillación de ver lo que se hacía con su obra, porque había muerto en el año 1989.



Y ya que citamos el aquelarre del Borne, vamos a traer aquí a otro de los escultores catalanes más odiados por el sistema, Federico Marés, cuya estatua «La Victoria», fue retirada de la base del Monolito en una plaza de Barcelona, ya que esta banda sólo sabe de derrotas. Tampoco Marés sufrió esta

humillación porque había muerto en 1991.



Coleccionista de arte y de objetos diversos, crea su propia Fundación que posteriormente cede al Ayuntamiento. Una de sus obras más valiosas fue su participación en la reconstrucción de los monasterios de Poblet y Santes Creus (arquitecto Monravá), al principio de los años 40, restaurando las tumbas de los Reyes de Aragón, un excepcional



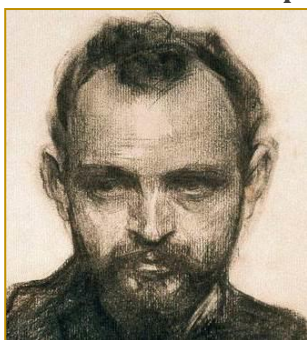
trabajo para el que utilizó los centenares de piezas de alabastro de esas destruidas tumbas, completándolas con el alabastro de la misma cantera de Beuda (Gerona). Hasta 1952 no se pudo ver la obra terminada.



Pasemos a otro escultor odiado por el sistema. Esta vez hablaremos de Jordi Puiggalí, al que vemos llorando al ver su obra destruida mientras que Hereu, el alcalde de Barcelona que había ordenado su demolición, le consuela hipócritamente.

Ocupémonos ahora de otro escultor odiado, cuyas obras han sufrido daños por «yeguas» y «percherones» de mala raza. Se trata esta vez de Josep Clará, cuya estatua en el Monumento a los Caídos en Barcelona fue derribada en una inicua

acción de los que no dejan crecer la hierba. La Fundación Clará fue cerrada debido a la falta de subvenciones municipales, falta de atención y de cuidados. Recordemos a la «Diosa» que en los últimos 12 de octubre vemos dar la espalda al horrendo monumento al traidor Maciá, para poder ver mejor el bosque de banderas españolas. Todo un espectáculo, algo inusual en Barcelona.



Sigamos pasando lista, esta vez hablaremos de Josep Llimona, de una familia de artistas (hermano del pintor Joan Llimona, también sus hijos María y Rafael eran artistas, y una sobrina suya, Mercedes Llimona, dibujaría en «Flechas y Pelayos»). Pese a la propaganda interesada en decirnos que la Generalidad protegió la Catedral de Barcelona de



cualquier asalto o saqueo, la realidad fue otra, por eso un retablo de Llimona, en una capilla lateral, pudo ser destruido con toda impunidad (también sufrió daños la tumba de Santa Eulalia y se saquearon ornamentos y lámparas). Otro artista que tuvo la suerte de no ver destruida su obra, ya que había muerto en 1934. Una de sus esculturas más conocidas es «Desconsuelo», en el parque de la Ciudadela, de la que existe una copia de tamaño natural en la planta baja de Capitanía General, junto a una salida trasera. Pero su obra está en muchos lugares de Barcelona, en el friso del Arco de Triunfo, o «La Primera Comunión» en el Museo Nacional de Arte de Cataluña.

España es el país occidental donde más se ha destruido su Patrimonio Nacional. Nada se resiste a la pisada «progresista» de caballos y yeguas de Atila, ni museos, ni bibliotecas, ni observatorios, ni monumentos... Las Cruces a los Caídos han sufrido la vesania más satánica, de una forma que podríamos decir, absoluta. Y es que la Cruz es para los del bando de la «banda de bandidos», algo insoportable, lo mismo que para Drácula o cualquier vampiro de servicio.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.